



BOHM, DAVID (1996). *ON DIALOGUE*. LONDON, NEW YORK: ROUTLEDGE



En 1996 apareció un opúsculo póstumo de David Bohm (1917-1992), prontamente traducido como *Sobre el diálogo* (Kairós, 1997), cuyo contenido procede de diversos textos y seminarios escritos o celebrados desde 1970 hasta el mismo año de su fallecimiento. Estamos, por tanto, ante muestras del pensamiento de Bohm, planteadas como textos o intervenciones independientes, y reunidas en forma de libro por su editor, Lee Nichol.

Solo dos de los capítulos fueron escritos por David Bohm, y el resto procede de intervenciones orales que tuvieron lugar entre 1977 y 1992 en Ojai (California), en la que fue residencia de Jiddu Krishnamurti. No es por tanto ocasional la relación de David Bohm con Krishnamurti, con quien mantuvo una relación intelectual durante más de veinte años, que ha quedado plasmada en diversas grabaciones. Algunas de ellas fueron publicadas en *Más allá del tiempo* (Edhasa, 1986), obra con la que *Sobre el diálogo* comparte numerosos planteamientos.

El libro que reseñamos recoge diversas reflexiones en torno al proceso que David Bohm denominaba, sencillamente, «diálogo». Bohm lo consideraba como un medio eficaz para explorar la naturaleza del pensamiento, de la comunicación y de la atención; probablemente no se trata de la concepción más compartida del término, ya que el «diálogo bohmiano» no busca la exposición de diferentes puntos de vista, sino poner en marcha un proceso colectivo en el que la finalidad no es externa al mismo proceso.

Existen suficientes reseñas sobre esta obra como para poderse hacer un idea clara de las propuestas de David Bohm y del poder transformador que encontraba en el diálogo, tal y como él lo entendía. No es fácil, sin embargo, encontrar una reseña en una revista de teatro, como es el

caso. Dado que las aportaciones de David Bohm en algunos casos tienen ya más de 50 años, y dado que son fácilmente accesibles, probablemente tiene más sentido dedicar estas líneas al posible interés de esta obra para los estudios teatrales; a fin de cuentas, aunque el interés del autor es esencialmente compatible con el quehacer teatral: explorar la naturaleza de la comunicación y de la atención (y acaso también del pensamiento).

Una primera consideración, desde el punto de vista del teatro, es la misma naturaleza dialógica que históricamente ha tenido el espectáculo y los textos teatrales. Diálogo entendido como comunicación, pero también, prácticamente siempre en el teatro dramático, como medio de expresión del conflicto y de representación en mayor o menor medida del poder, la violencia y acaso la concordia.

Nada de lo anterior se contempla en la noción de diálogo de David Bohm; como en una suerte de interés desinteresado, para Bohm el diálogo es un proceso cuyo fin está en sí mismo. Por eso excluye, como condición previa para que el verdadero diálogo pueda surgir, la defensa del punto de vista propio, o la voluntad de hacerlo prevalecer; no se trata, pues, de una confrontación, entendida como «enfrentamiento», sino de crear las condiciones para que fluya el acuerdo, al margen del punto de vista personal y de la voluntad de imponerlo.

Entrando en los principales aspectos del libro y su posible relación con el fenómeno teatral, uno de los capítulos reseñables es «Sobre la comunicación». Aun teniendo ya medio siglo, se trata de un texto que plantea con clarividencia una situación que resulta muy actual: el exceso de información, su fragmentariedad, la comunicación instantánea y la confusión que resulta de todo ello. Bohm plantea la posibilidad de entender la comunicación como un «hacer común», no solo para «hacer comunes» determinadas ideas, sino también para crear conjuntamente algo nuevo. Este tipo de cooperación implicaría, en palabras del autor, ir más allá de la mera transmisión de datos de una persona a otras, de modo que se pueda crear algo nuevo mediante el diálogo y sus acciones mutuas.

Resulta interesante plantear la analogía con el texto teatral y su representación; la propuesta de David Bohm no parece muy aplicable entendiendo el espectáculo como la puesta en escena de un texto, a veces ya conocido por el público, y al que se asiste pasivamente, o contemplando (admirando) el resultado. No obstante, desde un paradigma diferente, en el que el texto no esté prefijado o no deba respetarse, se trata de una

propuesta que caracteriza bien el proceso creativo. En un caso extremo, como podría ser una situación de improvisación —por ejemplo, de improvisación de teatro musical, libre de las constricciones del lenguaje oral— la propuesta de David Bohm caracteriza perfectamente la actitud ideal de los participantes en el proceso creativo, en ese hacer común y la creación de algo realmente nuevo.

El espíritu del diálogo bohmiano es ajeno a la voluntad de poder o de prevalecer, ya que no se trata de participar contra los demás, sino «con» ellos. El diálogo, entendido así, puede ser un medio eficaz para revisar o «poner en suspenso» nuestras creencias. Esto es: no reaccionar, distanciarnos de nuestra reacción interna y observarla, sin intentar ir más allá. Ciñéndonos al proceso del diálogo, este sería el medio de permitir que afloren las creencias propias y ajenas, y ser conscientes de los conflictos que experimenta cada participante. Conflictos que, inevitablemente, pondrán de manifiesto las necesidades que cada uno «tiene» o experimenta.

En palabras del autor, se trata de ser conscientes de lo que creemos que es absolutamente necesario, lo que probablemente no sea percibido de igual modo por todos aquellos que participan en el diálogo. Desde este punto de vista, el diálogo es fuente de conocimiento, al permitirnos ser conscientes de esas necesidades o creencias que fundan nuestra actuación y sustentan nuestra actitud. Dejar en suspenso nuestras creencias, sin intentar defenderlas, sería un modo eficaz de contemplar los resultados de nuestro pensamiento.

Nuevamente, parece oportuno recordar la técnica del distanciamiento y el propósito de impedir la identificación del público con el personaje brechtianos, de modo que más que participar de la acción escénica, el espectador asiste como observador. Por otra parte, Brecht sostenía respecto del teatro, como Bohm respecto del diálogo, su valor como elemento para el cambio social. Tampoco carecería de fundamento establecer analogías con la caracterización del teatro postdramático que realiza H. T. Lehmann, en cuanto al propósito de ir más allá del texto como elemento principal sobre el que construir la representación teatral, el papel de la performatividad o la intención de no presentar o dificultar una lectura lineal de la obra, características todas del diálogo que propone David Bohm.

Volviendo a *Sobre el diálogo*, en el análisis de la sociedad occidental que el autor hace como científico (Bohm desarrolló su carrera profesional como físico teórico), no deja de mostrarse hasta qué punto resulta poco racional tanto el comportamiento individual, en tanto que orientado a defender creencias que pueden ser incoherentes, como el comportamiento social, por el mismo motivo. A estos efectos, Bohm propone identificar la incoherencia con la discrepancia entre nuestras intenciones y los resultados de nuestras acciones. Al respecto del comportamiento social David Bohm subraya la importancia de compartir un contenido común, aunque pueda haber disensiones u opiniones que lo maticen; y en efecto, nuestra sociedad se asienta sobre un conjunto de «significantes compartidos» que con frecuencia resultan incoherentes, aunque lo deseable sería que no lo fueran. Desde esta perspectiva, no carece de interés la nueva visión del espectador en el teatro postmoderno precisamente como agente activo en la recepción de la obra, previendo además la dificultad de que no disponga, precisamente, de estos «significantes» o referentes compartidos que faciliten su papel como espectador.

La aportación de David Bohm a este análisis de la sociedad estriba en su propuesta de que la incoherencia que puede existir es la que cada uno de nosotros aporta, de modo que no se trata de una situación a la que se asiste pasivamente. Idealmente, poniendo en común nuestras disensiones o «significados personales», podríamos ser conscientes de ellos y lograr que surja un significado coherente para todo el grupo. El diálogo sería, así, el modo de abrirnos a todos los juicios y a todas las creencias, y de difundir una actitud que permita una verdadera transformación, personal y colectiva.

Cuanto queda expuesto debería llevar a la toma de conciencia de la naturaleza de la observación atenta, en la que existe un agente (el observador) y una realidad externa (lo observado). No obstante, en determinadas condiciones (observar las propias creencias, por ejemplo) no hay distancia o diferencia entre el observador y lo observado. Entendido de este modo, «suspender» todo intento de reaccionar permite tomar conciencia de la naturaleza de nuestras reacciones y del modo en que nuestros pensamientos y sentimientos influyen en las sensaciones que experimentamos. Esta toma de conciencia es lo que Bohm denomina «propiocepción del pensamiento», concepto idéntico al de «meditación» de Krishnamurti.

Concluye esta antología con la idea del pensamiento participativo, frente al «pensamiento literal», que aspira a presentar la realidad «tal cual es», del modo más exacto posible. Ciertamente, al identificarnos con un grupo (deportivo, político, etc.) participamos del pensamiento colectivo, pero generalmente no es este el acercamiento a la realidad más frecuente en nuestra vida cotidiana. Remitiéndose a otra obra, *La totalidad y el orden implicado* (Kairós, 1988), David Bohm propone que en la medida en que nos limitemos al pensamiento literal quedará menos espacio para la participación y menos posibilidad para el diálogo. Mediante el pensamiento participativo y el diálogo, el autor propone una transformación de la conciencia, tanto en el orden individual como en el colectivo, y cree en la eficacia y la poderosa fuerza de implicación social de esa transformación. De ahí la importancia de desarrollar la capacidad de comunicarnos y de dialogar; en suma, de participar en la comunicación con los demás.

Obviamente, David Bohm no escribió sobre teatro, y no era ese su interés, que se puede calificar de metafísico; tampoco se trata de una aportación bibliográfica reciente. Pero la esencia del teatro es la comunicación, y desde el último siglo es más que eso, ya que frecuentemente persigue algún propósito más allá del estético. Consideradas así, las propuestas de David Bohm pueden facilitar un contexto o nuevas perspectivas a determinadas prácticas teatrales, o incluso a determinadas finalidades a las que el teatro postmoderno no es ajeno.

Germán Labrador López de Azcona
Universidad Autónoma de Madrid

